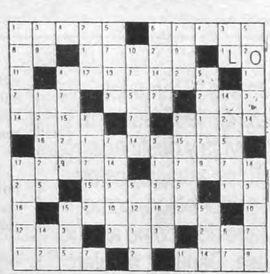
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION JUEVES



C	■	C	O	R	A	Z	O	N	■	M
O	S	E	R	A	■	A	J	A	R	E
L	E	■	E	N	E	R	O	■	E	N
O	P	U	S	■	R	■	S	O	S	O
R	A	S	■	S	E	R	■	S	O	R
■	R	E	S	U	M	I	R	A	N	■
C	A	L	■	S	I	N	■	B	A	R
A	B	A	D	■	T	■	C	A	R	O
P	A	■	U	V	A	D	A	■	O	C
A	N	A	D	E	■	A	V	E	N	A
S	■	S	E	N	A	D	O	R	■	S

MEMORIAS INTIMAS

Página/2/3



Verano/12



NO ABANDONES A TU MUJER EN TOKIO

(Por Daniel Karp) Eran las once del dia cuando aterrizó el Boeing que venía de Tokio. Mientras regresaban desde el aeropuerto, el hombre le pregunta a su mujer qué es lo que ella necesita.

—Descansar un poco, comer las cosas que me gustan y estar tranquila para poder pensar —contesta ella.

Almorzaron algo liviano, y ella comenzó a desarmar las valijas. Luego llegaron los padres de ella y él escuchó una versión del viaje y participó del reparto de regalos.

Durante la tarde estuvo intranquilo, esperando estar a solas con su mujer. Salió por algunos asuntos de trabajo varias veces y, cuando regresó, la encontró metida en la cama, mirando la televisión.

El preparó la comida, acomodó dos platos y las bebidas sobre una bandeja y se trasladó hasta el cuarto, en donde se desvistió y se metió en la cama junto a ella. Comieron mientras miraban el noticiero.

—Dios, ojalá dure la trasmisión toda la noche —pensó ella.

Se habían escrito muchas cartas, y se habían confesado como nada de lo que les pasaba satisfacía sus vidas.

—Sabés —dijo ella—. Mientras estaba en Japón, pensaba en la gente de aquí, en lo pobre que somos y en lo mal que están todos nuestros amigos, y me producía una tristeza enorme —pronunció las últimas palabras con la voz entrecortada.

El la miraba. Sabía que este llanto abría el camino hacia algo que ella le quería comunicar. Se quedó callado.

—Cuando me fui —comenzó diciendo ella— me sentía separada. Te quería como siempre pero me sentía separada. Sentía que el viaje me venía de regalo para alejarme un poco y pensar. Apenas arriba del avión ya me sentía contenta, excitada por lo que íbamos a hacer, sin embargo a todos les pasa mucho más que a mí. Estaban enloquecidos con la idea de trabajar afuera. Cuando llegamos a Tokio, sentí que algo empezaba a cambiar. Esa noche fuimos a comer. Yo me reía a tal punto que los demás me decían que jamás se hubiesen imaginado que Yo era así. Entonces me di cuenta que había dejado de ser como soy. Algo se abrió adentro y sentí amor por toda esa gente que estaba conmigo. Cuando salimos caminamos juntos Javier y Yo. Llegamos frente a un museo o algo así, y de pronto Javier se apoyó contra una columna y empezó a decir que él quería que sus hijos crecieran en libertad, que había estado atado todo este tiempo haciendo mierdas para la televisión, que había vivido esclavo de su familia. Y lloraba ahí, apoyado contra esa columna. Entonces lo abracé y sentí amor por él. Era un tipo al que le estaba pasando algo fuerte.

Al día siguiente salimos de gira y yo me sentía feliz. Sentí nuevamente ganas de que me pase algo en la vida.

Cuando volvimos a Tokio, creí que no iba a poder, que iba a fracasar, quería volverme.

Estuve así una semana. Javier estaba preocupado. Hasta que en un momento decidimos que haríamos una fiesta. Era el cumpleaños de Manuel. Empecé a sentir que revivia. Fuimos a comprar regalos. Después fuimos a comer y empecé a tomar vino, y sentí, después de mucho tiempo, que me corría sangre por las venas. Cantamos y bailamos. Javier me miró, a mí no me importaba nada así que empezamos a hacer payasadas y de pronto alguien se acordó de que era el 17 de octubre, y empezamos a cantar la marcha peronista. Ahí, en ese país donde nadie entendía nada, cantamos la marcha peronista y copamos el lugar como salvajes.

Entonces me acerqué a la barra para buscar una copa de champagne y cuando me di vuelta me encontré con la boca de Javier sobre la mia. Yo pensé: ¡Puta! se confundió —pero enseguida me dije: ¿Y por qué no?— y me entregué. Ahí, adelante de toda la gente. Después nos fuimos para la habitación del hotel.

Cuando amaneció sentí vergüenza. Hacer el amor fue lo de menos, ni siquiera pude hacerlo bien, pero lo quise mucho, ¿me entendés?

Cuando ella quedó en silencio, se escuchó el chillido de la pantalla en blanco del televisor. El cuarto había quedado teñido por una luz plateada.

El hombre hizo un esfuerzo para pensar. Sacudió insistentemente la cabeza para desprenderse de las imágenes que se le colgaban como garrotes. Pensó que lo único que lo calmaría era poder comprender. Revió la vida que llevaban y encontró que todo encajaba como en un rompecabeza. Se quedó con los dientes apretados para aguantar el fuego de adentro. Maldijo no ser yogui. Con la mirada le indicó a ella que había comprendido y ella, extrañamente, se sintió querida.

MEMORIAS INTIMAS

El creador del Comisario Maigret revela en sus "Memorias íntimas", que Ediciones B publicará en marzo de 1990, su vasta historia sentimental, redactada al final de su vida y destinada fundamentalmente a sus hijos. Los dos capítulos extractados en estas páginas muestran dos aspectos del escritor belga, como padre conmovido ante el suicidio de su hija Marie-Jo y como asiduo visitante de un burdel de la mano de su esposa, Denisse, a quien nombra en el texto como D.

Por Georges Simenon

Hija mía: sé que has muerto, y, sin embargo, ésta no es la primera vez que te escribo. Hubieras querido irte discretamente, sin molestar a nadie. Pero tu muerte ha puesto en marcha muchos engranajes administrativos y de los otros y, aún hoy, notarios y procuradores se esfuerzan en resolver ciertos problemas que la obstinación de tu madre sigue planteando y que, quizá, tarde o temprano, tendrán que resolver los tribunales.

Fue nuestro buen amigo el doctor Martinon, de Cannes, con quien habías quedado en hablar por teléfono el viernes 15, quien dio la alarma. Tu teléfono sonaba en vano. Martinon llamaba una y otra vez y a la postre se enteró de que la línea estaba cortada. De madrugada llamó a Marc, que, de entre tus hermanos, es el que vive más cerca de París. Marc y Mylène acudieron rápidamente a los Champs-Elysées y encontraron la puerta de tu apartamento cerrada por dentro. El portero no tenía duplicado de la llave, y hubo que llamar al comisario del barrio, que llegó inmediatamente y avisó a un cerrajero.

Tu apartamento estaba perfectamente ordenado y limpio como si, antes de partir, hubieras procedido a una minuciosa limpieza, habiendo incluso lavado y planchado tu ropa interior y tus vestidos. Todo estaba en su sitio. Y tú yacías sobre la cama, con un pequeño agujero ensangrentado en el pecho.

¿De dónde procedía la pistola del 22 de un solo tiro? ¿Quién había comprado las balas?

Empezó entonces una investigación judicial: forense, autoridades judiciales, especialistas de la Identidad Judicial; y yo, desde mi pequeña casa de Lausana, asistía a toda esta barahúnda que tan a menudo he descrito en mis novelas.

El inventario oficial

Terminado el reconocimiento del lugar y trasladado ya tu cuerpo al Instituto Médico-legal, pude evitar que te practicaran la autopsia: pero por teléfono rogué al comisario que hiciera el favor de precintar tus dos puertas.

Hace cerca de un mes los sellos fueron retirados durante unas horas para permitir un inventario oficial, realizado por un perito tasador, ante el notario, un portero de estrados, el comisario del barrio, dos abogados: el de tu madre y el que nos representaba, y tus tres hermanos. También estaban tu madre y Aitken, que me reemplazaba, pues yo ya no puedo viajar. Todo el mundo iba y venía en torno a tu lecho, que estaba tal como lo habían encontrado hace casi dos años.

Después colocaron de nuevo los precintos, y no sé cuándo los retirarán. Es un poco como si tu cuerpo mantuviera aún su calor después de 506 días.

Como no lo pude hacer personalmente, fue Aitken, sentada junto al conductor del vehículo mortuorio, quien te trajo a Lausana, según tu deseo.

Cumplí escrupulosamente tu última voluntad, que encontramos en un escrito sobre tu cama. No hubo ceremonia alguna. Al día siguiente unas cuantas personas se reunieron ante tu ataúd, mientras un organista tocaba a la sordina una pieza de Johann Sebastian Bach, que tanto nos gustaba a tí y a mí. Flores en abundancia.

En primera fila, del lado izquierdo, cuatro hombres de pie, hombro con hombro, tus tres hermanos, Marc, Johnny y Pierre, y yo junto al pasillo central.

Al otro lado del pasillo, tu madre y una dama a quien yo no conocía.

Detrás de tus hermanos y de mí, Mylène, Boule y Teresa, y, tras ellas, dos o tres amigos tuyos, que me habías pedido invitara a la ceremonia.

Veinte minutos de inmovilidad y de música. A una señal del maestro de ceremonias, salí el primero, después de haber quedado con tus hermanos para encontrarnos el día siguiente. Me reuní con Teresa, fuera, y ella me llevó a casa. Yo estaba aturdido, como si, de repente, me hubiera convertido en un anciano.

El anillo de oro

Sabíamos, sentados los dos junto a la chimenea, que en aquel mismo momento, en el crematorio, estaba siendo incinerado tu cuerpo.

Yo me había asegurado, de conformidad con tu pertinaz petición, de que llevaras el anillo de oro que habías insistido en que te comprara cuando sólo tenías ocho años y que varias veces habías tenido que ensanchar.

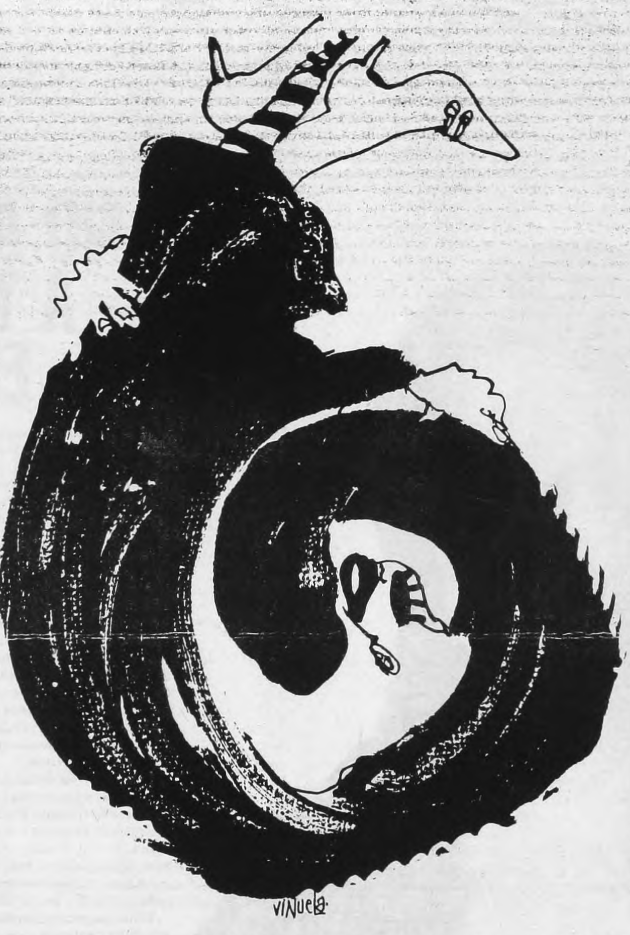
Al día siguiente, muy temprano, el empleado de pompas fúnebres nos trajo la cajita que contenía tus cenizas y, una vez solos, cumplí tu último deseo: esparcí aquellas blancas cenizas por el pequeño jardín de nuestra casa rosa (...).

(...) Por última vez, era yo un sonámbulo, como en tiempos de mi infancia, pero, a medida que miraba el jardín, el violento dolor que me había abrumado durante la larga semana de espera cedía ante un sentimiento de ternura que noto aún en mí cada vez que contemplo el jardín y los pájaros picoteando en él. Y esto, dada la posición de mi sillón, que tú conoces muy bien, me ocurre cien veces al día.

He adquirido la costumbre de darte los buenos días al abrir las contraventanas, las buenas noches cuando, al anochecer, las cierro, y también a hablarte en mi fuero interno.

En la estantería blanca, al lado de mi escritorio, han venido más tarde a alinearse, e incluso a superponerse, unas grandes carpetas de cartón como las que se ven en los archivos de los notarios. Los cientos de cartas que cruzamos tú y yo, tus primeras composiciones de niña, tus cuadernos íntimos y tus innumerables fotografías, tus agendas, tus borradores, tus notas confidenciales, todo cuanto quedaba de mi pequeña Marie-Jo. Todo estaba allí, ante mis ojos, y yo esperaba el momento en que me sintiera capaz de examinarlo. (...)

(...) Tus confidencias, cuando estábamos



MEMORIAS INTIMAS

El creador del Comisario Maigret revela en sus "Memorias íntimas", que Ediciones B publicará en marzo de 1990, su vasta historia sentimental, redactada al final de su vida y destinada fundamentalmente a sus hijos. Los dos capítulos extractados en estas páginas muestran dos aspectos del escritor belga, como padre conmovido ante el suicidio de su hija Marie-Jo y como asiduo visitante de un burdel de la mano de su esposa, Denisse, a quien nombra en el texto como D.



Por Georges Simenon

Hija mía: sé que has muerto, y, sin embargo, ésta no es la primera vez que te escribo. Hubieras querido irte discretamente, sin molestar a nadie. Pero tu muerte ha puesto en marcha muchos engranajes administrativos y de los otros y, aún hoy, notarios y procuradores se esfuerzan en resolver ciertos problemas que la obstinación de tu madre sigue planteando y que, quizá, tarde o temprano, tendrán que resolver los tribunales.

Fue nuestro buen amigo el doctor Martinon, de Cannes, con quien habías quedado en hablar por teléfono el viernes 15, quien dio la alarma. Tu teléfono sonaba en vano. Martinon llamaba una y otra vez y a la postre se enteró de que la línea estaba cortada. De madrugada llamó a Marc, que, de entre tus hermanos, es el que vive más cerca de París. Marc y Mylène acudieron rápidamente a los Champs-Elysées y encontraron la puerta de tu apartamento cerrada por dentro. El portero no tenía duplicado de la llave, y hubo que llamar al comisario del barrio, que llegó inmediatamente y avisó a un cerrajero.

Tu apartamento estaba perfectamente ordenado y limpio como si, antes de partir, hubieras procedido a una minuciosa limpieza, habiendo incluso lavado y planchado tu ropa interior y tus vestidos. Todo estaba en su sitio. Y tú yacías sobre la cama, con un pequeño agujero ensangrentado en el pecho.

¿De dónde procedía la pistola del 22 de un solo tiro? ¿Quién había comprado las balas?

Empezó entonces una investigación judicial: forense, autoridades judiciales, especialistas de la Identidad Judicial; y yo, desde mi pequeña casa de Lausana, asistía a toda esta barahúnda que tan a menudo he descrito en mis novelas.

El inventario oficial

Terminado el reconocimiento del lugar y trasladado ya tu cuerpo al Instituto Médico-legal, pude evitar que te practicaran la autopsia: pero por teléfono rogué al comisario que hiciera el favor de precintar tus dos puertas.

Hace cerca de un mes los sellos fueron retirados durante unas horas para permitir un inventario oficial, realizado por un perito tasador, ante el notario, un portero de estrados, el comisario del barrio, dos abogados: el de tu madre y el que nos representaba, y tus tres hermanos. También estaban tu madre y Aitken, que me reemplazaba, pues yo ya no puedo viajar. Todo el mundo iba y venía en torno a tu lecho, que estaba tal como lo habían encontrado hace casi dos años.

Después colocaron de nuevo los precintos, y no sé cuándo los retirarán. Es un poco como si tu cuerpo mantuviera aún su calor después de 506 días.

Como no lo pude hacer personalmente, fue Aitken, sentada junto al conductor del vehículo mortuorio, quien te trajo a Lausana, según tu deseo.

Cumplí escrupulosamente tu última voluntad, que encontramos en un escrito sobre tu cama. No hubo ceremonia alguna. Al día siguiente unas cuantas personas se reunieron ante tu ataúd, mientras un organista tocaba a la sordina una pieza de Johann Sebastian Bach, que tanto nos gustaba a ti y a mí. Flores en abundancia.

En primera fila, del lado izquierdo, cuatro hombres de pie, hombro con hombro, tus tres hermanos, Marc, Johnny y Pierre, y yo junto al pasillo central.

Al otro lado del pasillo, tu madre y una dama a quien yo no conocía.

Detrás de tus hermanos y de mí, Mylène, Boule y Teresa, y, tras ellas, dos o tres amigos tuyos, que me habías pedido invitara a la ceremonia.

Veinte minutos de inmovilidad y de música. A una señal del maestro de ceremonias, salí el primero, después de haber quedado con tus hermanos para encontrarnos el día siguiente. Me reuní con Teresa, fuera, y ella me llevó a casa. Yo estaba aturdido, como si, de repente, me hubiera convertido en un anciano.

El anillo de oro

Sabíamos, sentados los dos junto a la chimenea, que en aquel mismo momento, en el crematorio, estaba siendo incinerado tu cuerpo.

Yo me había asegurado, de conformidad con tu pertinaz petición, de que llevaras el anillo de oro que habías insistido en que te comprara cuando sólo tenías ocho años y que varias veces habías tenido que ensanchar.

Al día siguiente, muy temprano, el empleado de pompas fúnebres nos trajo la cajita que contenía tus cenizas y, una vez solos, cumplí tu último deseo: esparcí aquellas blancas cenizas por el pequeño jardín de nuestra casa rosa (...).

(...) Por última vez, era yo un sonámbulo, como en tiempos de mi infancia, pero, a medida que miraba el jardín, el violento dolor que me había abrumado durante la larga semana de espera cedía ante un sentimiento de ternura que noto aún en mí cada vez que contemplo el jardín y los pájaros picoteando en él. Y esto, dada la posición de mi sillón, que tú conoces muy bien, me ocurre cien veces al día.

He adquirido la costumbre de darte los buenos días al abrir las contraventanas, las buenas noches cuando, al anochecer, las cierro, y también a hablarte en mi fuero interno.

En la estantería blanca, al lado de mi escritorio, han venido más tarde a alinearse, e incluso a superponerse, unas grandes carpetas de cartón como las que se ven en los archivos de los notarios. Los cientos de cartas que cruzamos tú y yo, tus primeras composiciones de niña, tus cuadernos íntimos y tus innumerables fotografías, tus agendas, tus borradores, tus notas confidenciales, todo cuanto quedaba de mi pequeña Marie-Jo. Todo estaba allí, ante mis ojos, y yo esperaba el momento en que me sintiera capaz de examinarlo. (...)

(...) Tus confidencias, cuando estábamos sentados frente a frente, cada cual en su sillón; cuando me leías tus turbadores poemas; cuando cantabas para mí, acompañándote a la guitarra, canciones con músicas que los dos amábamos y para las que tú habías compuesto letras en inglés; las últimas casetes que me enviaste, desgarradoras algunas de ellas; todo lo que constituía la esencia misma de tu vida patética, todo acabé por comprenderlo, hija mía, y también tu deseo de que estos testimonios de tu radiante existencia, de las horas sombrías, de tus luchas, no se dispersen y acaben desapareciendo.

Te dije cierto día, e incluso creo haberlo escrito, que un ser no muere del todo mientras siga vivo en el corazón de otro ser. Tú estás viva en mí, tan viva que te escribo y te hablo como si pudieras leerme y oírme, y responderme mirándome con tus ojos rebosantes de confianza y de amor.

Cuanto más me adentro en tu intimidad, más convencido estoy de que fuiste un ser excepcional, con una extraña lucidez, animado por una voluntad casi cruel de descubrir tu verdad. También tu muerte fue un acto casi heroico y, lo sabes muy bien, me lo diste a entender tímidamente, todo esto no puede perderse.

Por eso, tras haberlo pensado detenidamente, tras haber tanteado bien mis fuerzas, hoy, a pluma, en unos cuadernos muy parecidos a los tuyos, encargados expresamente con este fin empiezo a escribir la historia de un ser a quien amo profundamente y que ya no morirá para nadie.

Tiempo atrás, en 1941, en un gran palacio renacentista que yo había alquilado en Vendée, un médico cometió al reconocerme un error de diagnóstico. Me concedía como máximo dos años de vida, y esto siempre que no trabajase, que descansase en la cama no sé cuántas horas al día, que no fumara y que no hiciese el amor. Tenía yo 38 años. Tu hermano Marc tenía dos. Me dirigí entonces a la papelería de la pequeña ciudad cercana y empecé a escribir, para que la leyera él cuando fuera mayor, la historia de su familia, de sus padres, de sus abuelos, tíos, tías y primos.

Con la misma letra menuda de hoy, llené por aquel entonces cuatro cuadernos que André Gide quiso leer. Le entregué una copia y me aconsejó, tras haberla leído, que no continuara narrando en primera persona y que escribiera aquello a máquina, como si fuera una novela. Así vio la luz *Pedigree*. En cuanto a los cuadernos, fueron publicados con un título que no elegí yo: *Je me souviens*.

En este momento estoy empezando otro *pedigree*. No ya el mío, sino el tuyo. Hablaré en él de todo lo que te rodeaba y, sobre todo, de tu juventud, de la de tus hermanos y de tu madre.

Esta vez he decidido no dejarme influenciar por nadie, tanto más cuanto que la mayor parte del libro será, no mío, sino tuyo: tus cartas —no todas, pues llenarían varios volúmenes—, tus poemas, tus canciones, tus grabaciones. Yo intervendré lo más discretamente que pueda, y no para juzgar, sino para comprender, para que comprendan. Tú conoces muy bien mi viejo lema, que adoptaste y escribiste en tus papeles: "Comprender y no juzgar".

No juzgaré a nadie. No haré más que presentarte, dentro de tu familia y con tus íntimos.

Este libro no será el mío, sino el tuyo.

Una cama de hospital

La quiero. Me persuado de ello ante su cama de hospital, y si alguien tildara este sentimiento de pasión, sería yo quien me encolerizaría. La veo de nuevo, dolorida, gimiendo, en el asiento de atrás del coche, pegando los labios al gollete de la botella con la esperanza de calmar el dolor. A propósito, y me olvidaba de decirlo: el médico me recriminó que le diera de beber.

—Ha cometido usted un error grave dándole alcohol, señor Simenon. En caso de que su estado hubiera requerido una operación de urgencia, no habríamos podido anestesiarla.

Recuerdo ahora mi respuesta. ¡Todo ha ocurrido tan rápido, desde ayer por la tarde!

—Sus colegas, antes de la segunda mitad del siglo pasado, operaban sin anestesia. Se contentaban con dejar sin sentido al paciente, a veces a puñetazos, o le hacían tragar incluso medio litro o más de ron, si a causa de una gangrena tenían que amputarle una pierna...

No le digo a D. nada de esto. Quisiera abrazarla hasta dejarla sin respiración, rodearla de ternura, y también su mirada es tierna. Me dice:

—Acabo de recordar que, a los 20 años, tenía un amigo que trabajaba en seguros y que casi me obligó a firmar una póliza de accidente. Por superstición he seguido pagando las primas. Encontrarás el último recibo y la dirección en mi cajón...

La joven hermana sonrosada y de ojos cándidos llama a la puerta y me aconseja que deje descansar a D. Además, es la hora de "prestarle asistencia", expresión ésta que no me gusta nada. ¿Me siento confortado o, al contrario, salgo de allí aún más preocupado? Me está permitido volver por la tarde.

No tengo nada que hacer durante horas, y el calor impide pasear por las calles casi vacías. Tampoco puedo quedarme encerrado en mi cuarto del hotel. No me apetece leer. Franqueo la reja y voy a comer a La Gruta, lo cual acabará convirtiéndose en una costumbre, y solicito a los tres músicos bigotudos que toquen "Bésame mucho".

Por la tarde D. parece tener mejor color. Cuando le hablo de La Gruta, pregunta:

—¿Les has pedido que toquen "Bésame mucho"? Ya lo sabía. Y también sabía que irías a La Gruta...

Le hago compañía hasta que llega el médico, que me pide espere fuera, y parece que la cosa va para largo. Lo imagino examinando el cuerpo desnudo de D. Me siento celoso, lo reconozco, y en un recoveco oscuro de mi ser, hasta sigo teniendo celos de su pasado.

El médico me tranquiliza. En efecto, si bien D. tiene una flebitis, no parece grave. O al menos, no lo suficiente, me dice, como para emplear anticoagulantes más poderosos que los viene utilizando hasta ahora.

—Hay que reservarlos por si...

—¿Teme que su estado se agrave?

—No. Francamente, no, pero en medicina es un deber tenerlo todo previsto.

—¿Y cuándo cree que...?

—¿Tiene usted prisa por llevársela al rancho? Le comprendo. Esto depende un poco de usted.

—¿De mí? No comprendo...

—Si todo se desarrolla tal como pienso, dentro de unos 10 días podría volver allá, aunque con una condición: habría que alquilar para ella una cama de hospital, lo que, por cierto, no entraña dificultad alguna. Yo, por mi parte, podría encontrarle una enfermera que se instalaría por algún tiempo en casa de ustedes y a quien yo daría las instrucciones necesarias.

—¿Es posible?

Estoy maravillado.

—Alquile también un catre de tijera para la enfermera y, como estará allí las 24 horas del día, tendrá que alimentarla. A propósito, su amiga acaba de decirme que tiene un seguro contra accidentes. Debería usted avisar a la compañía. Al bajar, hable de ello con la hermana superiora.

Esta, con gran asombro por mi parte, me recibe con una sonrisa alentadora:

—El doctor E. acaba de informarme de que nuestra enferma tiene un seguro. Tengo que tomar nota del número de la póliza y de la dirección de la compañía. También entre las reliogiosas existe el papeleo...

Así pues, es menos gazmoña de lo que había pensado el día anterior. Verdad es que, agitado como estaba yo la víspera, debí de parecerle medio loco. Ha hablado de "nuestra enferma" y no de la "joven", con un tono que se me había antojado afectado.

—Voy a buscarlo todo inmediatamente. ¿A qué hora podré verla mañana por la mañana?

—No venga antes de las 10. Hay que darle tiempo para arreglarse, para que se le preste asistencia...

Otra vez esa "asistencia", palabreja que empiezo a detestar, pues evoca para mí imágenes desagradables. (...)

Vuelvo a Nogales, a La Gruta, al hotel, a mi cama solitaria. Me molestan las esperas, desde siempre y aún ahora. Cuando espero, me siento como suspendido en el tiempo, en el vacío.

La hermana superiora me recibe, al día siguiente por la mañana: póliza de seguro y más firmas. D. está más animada. Le han levantado la cabecera de la cama, no mucho aún, y esto le da un aspecto más saludable.

—Debes de aburrirte mucho, ¿verdad, Jo?

—¿Y tú? Porque la que importa eres tú...

—La hermana Julia es muy simpática. Pero hay una cosa que no soporto: la comida. Sólo verla me quita el apetito...

—¿Puedes comer?

—Lo que quiera. El doctor dice que tengo que recuperar fuerzas. Puedo hacerme traer la comida de afuera...

—¿Por ejemplo?

—Bistecs, verdura, fruta.

—Ya me ocuparé yo. Ya sabes que pronto podrás...

—Con una cama de hospital y una enfermera, sí. No tendrás que ocuparte de mí. El doctor conoce a una enfermera muy buena...

En una ferretería, compro tres pequeñas cacerolas que encajan unas en otras. En adelante iré todos los días, al mediodía y por la tarde, a que me las llenen de comida, y llevo la fruta en una bolsa de plástico. El preparar los menús nos entretiene, pues, en el fondo, no sabemos qué decirnos. La conversación resulta difícil ante una cama de hospital, entre una persona acostada y una persona de pie o sentada, que no debe hablar demasiado de la vida de fuera.

—¿No me echas demasiado de menos?

—Lo sabes de sobra...

—Quería decir...

Sonríe elocuentemente. Y comprendo lo que quiere decir.

—¿Por qué no vas a ver a las chicas, allá en la colina?

Su sonrisa se vuelve cómplice, y realmente se trata de complicidad.

—A mí me agradaría que fueras.

—La verdad es que no me apetece. Nunca he ido solo allá...

—Salúdalas de mi parte, y diles lo que me ha ocurrido. Y que no las olvido.

—No sé... Ya veremos...

Fui, pero no aquella tarde, sino al día siguiente. Había sido en La Gruta donde nos hablaron de aquella casa, bastante curiosa, a la que luego fuimos a menudo D. y yo. A media colina, una construcción bastante grande, de adobe rojo, como la tierra de la misma loma. Un bar más largo aún que el de Tombstone. ¿Quince metros? Temo exagerar, pero es el bar más largo que haya visto.

Una sala fresca, pues en el techo giran unos ventiladores con palas de madera. Alrededor de una de las mesas, seis, ocho chicas que parlotean en una suerte de jerga, ya que aquello no es ni español, ni inglés, ni indio, sino una mezcla. Algunas hacen punto. Todas son guapas y jóvenes, muy distintas, según que la sangre española domine más o menos sobre la india e, incluso, sobre la norteamericana.

Hemos pasado allí muchas veladas, con D. siempre rodeada por las pupilas de la casa, cuyo lenguaje pronto parece entender. Al cabo de un tiempo, me decía:

—Oye, Jo, ¿por qué no vas con Marina? Se muere de ganas.

También yo. Y D. se excitaba viéndome desaparecer con Marina o con cualquier otra. Mientras yo hacía el amor, ella se daba importancia en medio de aquel pequeño círculo amistoso y respetuoso.

La atmósfera era distendida, sin nada escabroso, como si el pecado y la vergüenza no existieran en un país que es, no obstante, uno de los más católicos del mundo.

—Apuesto a que nunca te has acostado con una india, ¿verdad, Jo?

—Es verdad. Bueno, no del todo. En una de mis travesías por el canal de Panamá conocí a una, pero ésta me parece demasiado joven...

D. habla con la chica. Hay que reconocer que tiene el don de hacerse entender en la mayoría de las lenguas, lo que no es precisamente mi caso.

—Me dice que tiene 13 años, pero que ya hace tiempo que es púber. También yo lo era ya a los nueve.

Hablará a menudo de sus nueve años y de sus primeras reglas, sin convencerme.

—Su hermana, que sólo cuenta 15, se casó a los 12, cuando yo esperaba un niño. Luego ha tenido otros dos.

La pequeña clava intensamente en mí sus inmensos ojos negros, y tengo la impresión de leer en ellos una súplica que creo comprender. Para ella es cuestión de no perder prestigio delante de las mayores, más formadas, que la miran sonrientes.

La llevo de mala gana al dormitorio. Nunca me he sentido atraído por las niñas, ni siquiera por las muchachas. Si sigo a la joven india, de porte ya muy digno como el de las negras de la sabana africana, es para que no parezca que la desprecio, pero sé que nuestras relaciones no pasarán a mayores.

En la habitación de paredes encaladas, en la que hay un Cristo que ocupa el lugar de honor y donde se ve, sobre una cómoda, una Virgen en un fanal, la chica se quita su vestido de algodón rojo, bajo el cual no hay más que su cuerpecito con unos pechos bien perfilados y un pubis sombreado ya por un ligero vellón negro.

Me habla, y no la entiendo. Me hace señales para que me desnude también y, como ve que no me muevo, se acerca a mí, a la vez cándida y orgullosa, y libera mi verga que se obstina en acariciar. Molesto, furioso conmigo mismo, no puedo impedir la erección. Entonces, triunfante, se tumba en la cama con las piernas abiertas y, con sus dedos morenos y delicados, abre los labios de su sexo.

Muevo la cabeza negativamente, y en su boca se dibuja una mueca mohína. Entonces, me obligo a acariciarla y compruebo, asombrado, que sus reacciones son las de una mujer hecha y derecha. No está representando un papel, pues noto pronto mi mano mojada, y no tarda ella en experimentar espasmos de placer. No me siento orgulloso de mí mismo. Le hago una señal para que se levante, y le tiendo su vestido. Me da un beso furtivo en los labios antes de cerrar la puerta, y avanza orgullosa hacia el círculo de sus compañeras para ocupar de nuevo su lugar.

Aquí, D. no participa de nuestros juegos, pero se la nota distendida y feliz en medio de su pequeña corte.

—¿Por qué no vas con otra, Jo?

Es allá, a la colina roja, adonde me envía ahora, y reconozco que no me molesta ir. En casi todas mis visitas hallo una o dos nuevas pupilas, y por lo general me dirijo a ellas. Estas chicas no se parecen en nada a las que uno encuentra en las casas galantes de París, ni siquiera en las más encopetadas, aquellas a las que van burguesas a ganarse en una hora el dinero suficiente para ampliar su vestuario sin que el marido se entere.

Viernes 9 de febrero de 1990

sentados frente a frente, cada cual en su sillón; cuando me leías tus turbadores poemas; cuando cantabas para mí, acompañándote a la guitarra, canciones con músicas que los dos amábamos y para las que tú habías compuesto letras en inglés; las últimas casetes que me enviaste, desgarradoras algunas de ellas; todo lo que constituía la esencia misma de tu vida patética, todo acabé por comprenderlo, hija mía, y también tu deseo de que estos testimonios de tu radiante existencia, de las horas sombrías, de tus luchas, no se dispersen y acaben desapareciendo.

Te dije cierto día, e incluso creo haberlo escrito, que un ser no muere del todo mientras siga vivo en el corazón de otro ser. Tú estás viva en mí, tan viva que te escribo y te hablo como si pudieras leerme y oírme, y responderme mirándome con tus ojos rebosantes de confianza y de amor.

Cuanto más me adentro en tu intimidad, más convencido estoy de que fuiste un ser excepcional, con una extraña lucidez, animado por una voluntad casi cruel de descubrir tu verdad. También tu muerte fue un acto casi heroico y, lo sabes muy bien, me lo diste a entender tímidamente, todo esto no puede perderse.

Por eso, tras haberlo pensado detenidamente, tras haber tanteado bien mis fuerzas, hoy, a pluma, en unos cuadernos muy parecidos a los tuyos, encargados expresamente con este fin empiezo a escribir la historia de un ser a quien amo profundamente y que ya no morirá para nadie.

Tiempo atrás, en 1941, en un gran palacio renacentista que yo había alquilado en Vendée, un médico cometió al reconocerme un error de diagnóstico. Me concedía como máximo dos años de vida, y esto siempre que no trabajase, que descansase en la cama no sé cuántas horas al día, que no fumara y que no hiciese el amor. Tenía yo 38 años. Tu hermano Marc tenía dos. Me dirigí entonces a la papelería de la pequeña ciudad cercana y empecé a escribir, para que la leyera él cuando fuera mayor, la historia de su familia, de sus padres, de sus abuelos, tíos, tías y primos.

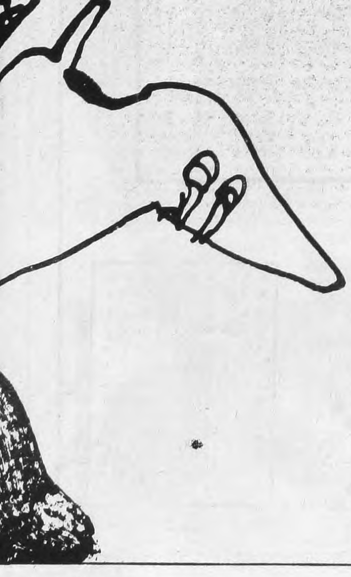
Con la misma letra menuda de hoy, llené por aquel entonces cuatro cuadernos que André Gide quiso leer. Le entregué una copia y me aconsejó, tras haberla leído, que no continuara narrando en primera persona y que escribiera aquello a máquina, como si fuera una novela. Así vio la luz *Pedigree*. En cuanto a los cuadernos, fueron publicados con un título que no elegí yo: *Je me souviens*.

En este momento estoy empezando otro *pedigree*. No ya el mío, sino el tuyo. Hablaré en él de todo lo que te rodeaba y, sobre todo, de tu juventud, de la de tus hermanos y de tu madre.

Esta vez he decidido no dejarme influenciar por nadie, tanto más cuanto que la mayor parte del libro será, no mío, sino tuyo: tus cartas —no todas, pues llenarían varios volúmenes—, tus poemas, tus canciones, tus grabaciones. Yo intervendré lo más discretamente que pueda, y no para juzgar, sino para comprender, para que comprendan. Tú conoces muy bien mi viejo lema, que adoptaste y escribiste en tus papeles: "Comprender y no juzgar".

No juzgaré a nadie. No haré más que presentarte, dentro de tu familia y con tus íntimos.

Este libro no será el mío, sino el tuyo.



Una cama de hospital

La quiero. Me persuado de ello ante su cama de hospital, y si alguien tildara este sentimiento de pasión, sería yo quien me encolerizaría. La veo de nuevo, dolorida, gimiendo, en el asiento de atrás del coche, pegando los labios al gollete de la botella con la esperanza de calmar el dolor. A propósito, y me olvidaba de decirlo: el médico me recriminó que le diera de beber.

—Ha cometido usted un error grave dándole alcohol, señor Simenon. En caso de que su estado hubiera requerido una operación de urgencia, no habríamos podido anestesiarla.

Recuerdo ahora mi respuesta. ¡Todo ha ocurrido tan rápido, desde ayer por la tarde!

—Sus colegas, antes de la segunda mitad del siglo pasado, operaban sin anestesia. Se contentaban con dejar sin sentido al paciente, a veces a puñetazos, o le hacían tragar incluso medio litro o más de ron, si a causa de una gangrena tenían que amputarle una pierna...

No le digo a D. nada de esto. Quisiera abrazarla hasta dejarla sin respiración, rodearla de ternura, y también su mirada es tierna. Me dice:

—Acabo de recordar que, a los 20 años, tenía un amigo que trabajaba en seguros y que casi me obligó a firmar una póliza de accidente. Por superstición he seguido pagando las primas. Encontrarás el último recibo y la dirección en mi cajón...

La joven hermana sonrosada y de ojos cándidos llama a la puerta y me aconseja que deje descansar a D. Además, es la hora de "prestarle asistencia", expresión ésta que no me gusta nada. ¿Me siento confortado o, al contrario, salgo de allí aún más preocupado? Me está permitido volver por la tarde.

No tengo nada que hacer durante horas, y el calor impide pasear por las calles casi vacías. Tampoco puedo quedarme encerrado en mi cuarto del hotel. No me apetece leer. Franqueo la reja y voy a comer a La Gruta, lo cual acabará convirtiéndose en una costumbre, y solicito a los tres músicos bigotudos que toquen "Bésame mucho".

Por la tarde D. parece tener mejor color. Cuando le hablo de La Gruta, pregunta:

—¿Les has pedido que toquen "Bésame mucho"? Ya lo sabía. Y también sabía que irías a La Gruta...

Le hago compañía hasta que llega el médico, que me pide espere fuera, y parece que la cosa va para largo. Lo imagino examinando el cuerpo desnudo de D. Me siento celoso, lo reconozco, y en un recoveco oscuro de mi ser, hasta sigo teniendo celos de su pasado.

El médico me tranquiliza. En efecto, si bien D. tiene una flebitis, no parece grave. O al menos, no lo suficiente, me dice, como para emplear anticoagulantes más poderosos que los viene utilizando hasta ahora.

—Hay que reservarlos por si...

—¿Teme que su estado se agrave?

—No. Francamente, no, pero en medicina es un deber tenerlo todo previsto.

—¿Y cuándo cree que...?

—¿Tiene usted prisa por llevársela al rancho? Le comprendo. Esto depende un poco de usted.

—¿De mí? No comprendo...

—Si todo se desarrolla tal como pienso, dentro de unos 10 días podría volver allá, aunque con una condición: habría que alquilar para ella una cama de hospital, lo que, por cierto, no entraña dificultad alguna. Yo, por mi parte, podría encontrarle una enfermera que se instalaría por algún tiempo en casa de ustedes y a quien yo daría las instrucciones necesarias.

—¿Es posible?

Estoy maravillado.

—Alquile también un catre de tijera para la enfermera y, como estará allí las 24 horas del día, tendrá que alimentarla. A propósito, su amiga acaba de decirme que tiene un seguro contra accidentes. Debería usted avisar a la compañía. Al bajar, hable de ello con la hermana superiora.

Esta, con gran asombro por mi parte, me recibe con una sonrisa alentadora:

—El doctor E. acaba de informarme de que nuestra enferma tiene un seguro. Tengo que tomar nota del número de la póliza y de la dirección de la compañía. También entre las religiosas existe el papeleo...

Así pues, es menos gazmoña de lo que había pensado el día anterior. Verdad es que, agitado como estaba yo la víspera, debí de parecerle medio loco. Ha hablado de "nuestra enferma" y no de la "joven", con un tono que se me había antojado afectado.

—Voy a buscarlo todo inmediatamente. ¿A qué hora podré verla mañana por la mañana?

—No venga antes de las 10. Hay que darle tiempo para arreglarse, para que se le preste asistencia...

Otra vez esa "asistencia", palabreja que empiezo a detestar, pues evoca para mí imágenes desagradables. (...)

Vuelvo a Nogales, a La Gruta, al hotel, a mi cama solitaria. Me molestan las esperas, desde siempre y aún ahora. Cuando espero, me siento como suspendido en el tiempo, en el vacío.

La hermana superiora me recibe, al día siguiente por la mañana: póliza de seguro y más firmas. D. está más animada. Le han levantado la cabecera de la cama, no mucho aún, y esto le da un aspecto más saludable.

—Debes de aburrirte mucho, ¿verdad, Jo?

—¿Y tú? Porque la que importa eres tú...

—La hermana Julia es muy simpática. Pero hay una cosa que no soporto: la comida. Sólo verla me quita el apetito...

—¿Puedes comer?

—Lo que quiera. El doctor dice que tengo que recuperar fuerzas. Puedo hacerme traer la comida de afuera...

—¿Por ejemplo?

—Bistecs, verdura, fruta.

—Ya me ocuparé yo. Ya sabes que pronto podrás...

—Con una cama de hospital y una enfermera, sí. No tendrás que ocuparte de mí. El doctor conoce a una enfermera muy buena...

En una ferretería, compro tres pequeñas cacerolas que encajan unas en otras. En adelante iré todos los días, al mediodía y por la tarde, a que me las llenen de comida, y llevo la fruta en una bolsa de plástico. El preparar los menús nos entretiene, pues, en el fondo, no sabemos qué decirnos. La conversación resulta difícil ante una cama de hospital, entre una persona acostada y una persona de pie o sentada, que no debe hablar demasiado de la vida de fuera.

—¿No me echas demasiado de menos?

—Lo sabes de sobra...

—Quería decir...

Sonríe elocuentemente. Y comprendo lo que quiere decir.

—¿Por qué no vas a ver a las chicas, allá en la colina?

Su sonrisa se vuelve cómplice, y realmente se trata de complicidad.

—A mí me agradaría que fueras.

—La verdad es que no me apetece. Nunca he ido solo allá...

—Salúdalas de mi parte, y diles lo que me ha ocurrido. Y que no las olvido.

—No sé... Ya veremos...

Fui, pero no aquella tarde, sino al día siguiente. Había sido en La Gruta donde nos hablaron de aquella casa, bastante curiosa, a la que luego fuimos a menudo D. y yo. A media colina, una construcción bastante grande, de adobe rojo, como la tierra de la misma loma. Un bar más largo aún que el de Tombstone. ¿Quince metros? Temo exagerar, pero es el bar más largo que haya visto.

Una sala fresca, pues en el techo giran unos ventiladores con palas de madera. Alrededor de una de las mesas, seis, ocho chicas que parlotean en una suerte de jerga, ya que aquello no es ni español, ni inglés, ni indio, sino una mezcla. Algunas hacen punto. Todas son guapas y jóvenes, muy distintas, según que la sangre española domine más o menos sobre la india e, incluso, sobre la norteamericana.

Hemos pasado allí muchas veladas, con D. siempre rodeada por las pupilas de la casa, cuyo lenguaje pronto parece entender. Al cabo de un tiempo, me decía:

—Oye, Jo, ¿por qué no vas con Marina? Se muere de ganas.

También yo. Y D. se excitaba viéndome desaparecer con Marina o con cualquier otra. Mientras yo hacía el amor, ella se daba importancia en medio de aquel pequeño círculo amistoso y respetuoso.

La atmósfera era distendida, sin nada escabroso, como si el pecado y la vergüenza no existieran en un país que es, no obstante, uno de los más católicos del mundo.

—Apuesto a que nunca te has acostado con una india, ¿verdad, Jo?

—Es verdad. Bueno, no del todo. En una de mis travesías por el canal de Panamá conocí a una, pero ésta me parece demasiado joven...

D. habla con la chica. Hay que reconocer que tiene el don de hacerse entender en la mayoría de las lenguas, lo que no es precisamente mi caso.

—Me dice que tiene 13 años, pero que ya hace tiempo que es púber. También yo lo era ya a los nueve.

Hablará a menudo de sus nueve años y de sus primeras reglas, sin convencerme.

—Su hermana, que sólo cuenta 15, se casó a los 12, cuando yo esperaba un niño. Luego ha tenido otros dos.

La pequeña clava intensamente en mí sus inmensos ojos negros, y tengo la impresión de leer en ellos una súplica que creo comprender. Para ella es cuestión de no perder prestigio delante de las mayores, más formadas, que la miran sonrientes.

La llevo de mala gana al dormitorio. Nunca me he sentido atraído por las niñas, ni siquiera por las muchachas. Si sigo a la joven india, de porte ya muy digno como el de las negras de la sabana africana, es para que no parezca que la desprecio, pero sé que nuestras relaciones no pasarán a mayores.

En la habitación de paredes encaladas, en la que hay un Cristo que ocupa el lugar de honor y donde se ve, sobre una cómoda, una Virgen en un fanal, la chica se quita su vestido de algodón rojo, bajo el cual no hay más que su cuerpecito con unos pechos bien perfilados y un pubis sombreado ya por un ligero vellón negro.

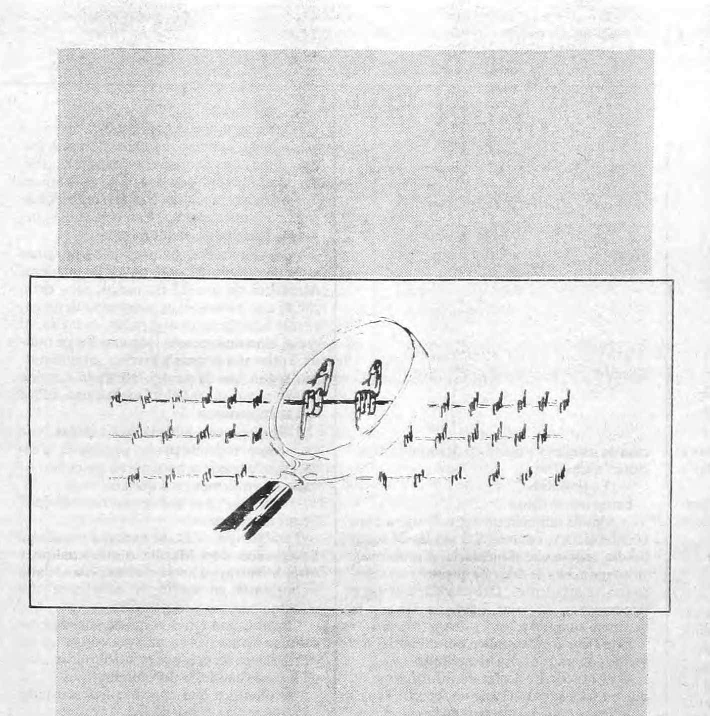
Me habla, y no la entiendo. Me hace señales para que me desnude también y, como ve que no me muevo, se acerca a mí, a la vez cándida y orgullosa, y libera mi verga que se obstina en acariciar. Molesto, furioso conmigo mismo, no puedo impedir la erección. Entonces, triunfante, se tumba en la cama con las piernas abiertas y, con sus dedos morenos y delicados, abre los labios de su sexo.

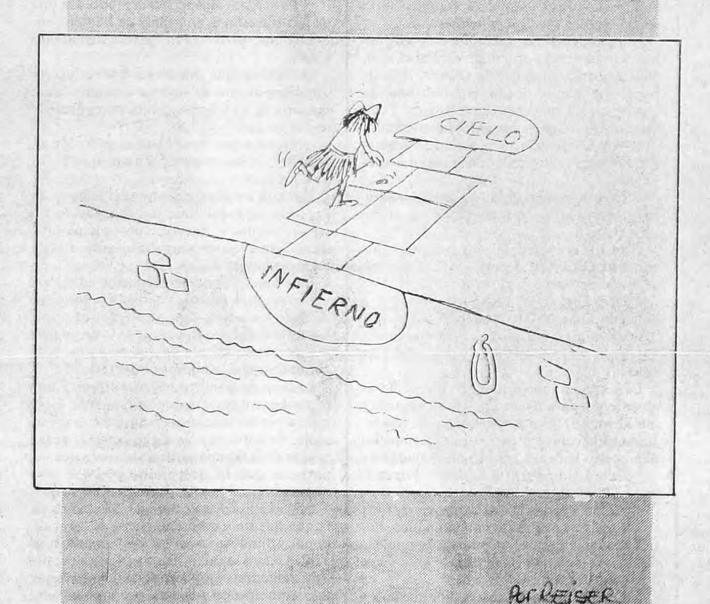
Muevo la cabeza negativamente, y en su boca se dibuja una mueca mohína. Entonces, me obligo a acariciarla y compruebo, asombrado, que sus reacciones son las de una mujer hecha y derecha. No está representando un papel, pues noto pronto mi mano mojada, y no tarda ella en experimentar espasmos de placer. No me siento orgulloso de mí mismo. Le hago una señal para que se levante, y le tiendo su vestido. Me da un beso furtivo en los labios antes de cerrar la puerta, y avanza orgullosa hacia el círculo de sus compañeras para ocupar de nuevo su lugar.

Aquí, D. no participa de nuestros juegos, pero se la nota distendida y feliz en medio de su pequeña corte.

—¿Por qué no vas con otra, Jo?

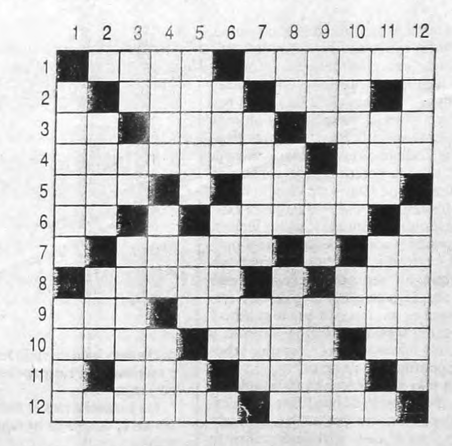
Es allá, a la colina roja, adonde me envía ahora, y reconozco que no me molesta ir. En casi todas mis visitas hallo una o dos nuevas pupilas, y por lo general me dirijo a ellas. Estas chicas no se parecen en nada a las que uno encuentra en las casas galantes de París, ni siquiera en las más encopetadas, aquellas a las que van burguesas a ganarse en una hora el dinero suficiente para ampliar su vestuario sin que el marido se entere.





CRUCIGRAMA

Por D. J. Kozigián



HORIZONTALES: 1. No hay dos sin.../ Mes. **2.** (Leandro) Fundador de la UCR/ ... Bolena. **3.** Terminación verbal./ Organo reproductor de una planta./ Superior de un monasterio. **4.** ... Bonaparte./ Pendiente. **5.** (... "D") 6 de junio de 1944./ Film con Rita Hayworth. **6.** Iniciales del actor Darín. / Caminata. **7.** Armonizar, coordinar./ Interjección. 8. De hueso (pl.)./ Yerno de Mahoma. **9.** En computación, unidad de información./ "Encuentros ... del tercer tipo" (film). **10.** Cantimplora./ Parte lateral de la frente./ Conjunción latina. **11.**Dueño./ Bucal. 12. (Alejandro) Humorista de radio y TV./ Aceite.

VERTICALES: 1. Cantante argentino./ (James ...) Agente 007. 2. Marca de insecticidas./ Percibid con el oído. **3.** Dios del Sol./ Papá./ De los astros. **4.** Genio escandinavo del aire./ Existió./ (...-Odeón) Compañía discográfica. **5.** Instrumento para sellar./ (... 10) Marca de dentífricos./ Aumentativo. **6.** Uno de los "Tres Chiflados"./ Pasaportes. **7.** Suplicar./ ... de Janeiro. **8.** Galio./ Ciudad yugoslava./ Aleación de hierro con carbono. **9.** Indio fueguino./ Norma. Del ano. **10.** Séptimo día./ Partícula privativa. Forma de pronombre. **11.** Piedra del altar./ Acíbar. **12.** Organo de la audición./ Chascarrillo.

SOPA DE ASTRONAUTAS DE U.S.A.

Encuentre en la sopa las siete palabras referidas al título que se encuentran en horizontal, vertical, o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda damos una palabra ya ubicada.

M	F	W	A	Z	C	G	H	V	N
B	S	H	E	P	A	R	D	T	L
X	V	D	Ñ	W	R	I	B	C	Y
G	L	E	N	N	P	S	Z	F	H
Z	C	T	A	K	E	S	Y	K	L
O	F	H	Q	X	N	O	W	D	B
T	W	K	D	V	T	M	A	C	Ñ
Y	I	A	N	U	E	R	H	X	T
C	Q	O	B	T	R	W	G	I	F
T	X	D	F	I	Z	N	C	Q	V
W	E	M	H	Q	U	U	K	H	D
A	L	C	O	O	P	E	R	M	X
X	S	V	Y	G	T	W	F	Z	O

SOLUCION

